



Yves Evol II Lectura de la obra
Los Clínicos (5) Lo publicado en
la infancia Bo Ar. 1992.-

La pubertad: ¿un traumatismo?

MARÍA CRISTINA ROTHER
DE HORNSTEIN

- Médica psicoanalista.
- Miembro titular en función didáctica de la APA.
- Profesora titular en los seminarios "Los trabajos simbólicos de la adolescencia" y "Nuevos modelos teóricos en psicoanálisis", del Programa de Actualización de Clínica Psicoanalítica con Niños y Adolescentes, Posgrado de la Facultad de Psicología. UBA.
- Coautora del libro *Cuerpo, historia, interpretación*, y autora de artículos en revistas especializadas.

Av. del Libertador 4890, 9º piso
(1426) Buenos Aires, Argentina.

«Hito o encrucijada» en el itinerario de la historia libidinal e identificatoria de un sujeto, la adolescencia impone a la psique un trabajo de metabolización, de renegociación y de transformación. Estas operaciones tienen en la adolescencia una característica que las singulariza. Su fuerza estructurante o desestructurante depende del impacto vivencial (afectivo y de sentido) que los cambios corporales inéditos hasta ese momento y las exigencias socio-culturales actualicen en calidad de acontecimientos.

La historia del sujeto es una compleja trama de acontecimientos que se resignifican entre sí. No se trata de una crónica de hechos que se suceden linealmente a lo largo del tiempo, sino de acontecimientos que se enclavan y entretajan en un juego de interpenetración sucesiva y simultánea. Redes relacionales complejas que obligan al yo a un trabajo interpretativo y a una reconstrucción permanente.

Se reconstruye la constitución de un mundo propio, que entraña su propia organización, un mundo para sí producto de la transformación en su interioridad de una incógnita ex-

terior, formado e informado por esa organización del ser vivo mismo.¹

Historia constituida desde la historicidad del otro y constituyente a la vez, de la cual psique y cuerpo se erigen como testimonio siempre presente.

No hay historia sin cuerpo ni cuerpo sin historia. Es en parte a través del cuerpo como la realidad humana se aprehende. La actividad sensorial es selectora y puente entre la realidad psíquica y los espacios cuyos materiales toma prestados, empezando por su propio espacio somático.²

La psique y el cuerpo reaccionan ante cualquier experiencia vivencial que modifique su estado afectivo. El registro de cada acontecimiento psíquico formará parte de los distintos tipos de memoria. Marcas, huellas, inscripciones, darán forma a un pasado que tendrá sus efectos en el devenir aun cuando éste sea impredecible.

Los discursos sobre el cuerpo enunciados por la madre en un comienzo y los enunciados por el yo del niño a posteriori van construyendo la propia historia libidinal.

En los comienzos de la vida las expresiones visibles del cuerpo del *infans* que la madre decodifica (des-

de su entramado histórico) son el único testimonio de las inscripciones en esa otra cara invisible que es la psique.

La pubertad, ligada a la metamorfosis corporal, enfrenta al joven con una realidad que le impone un reordenamiento afectivo y representacional para llevar a cabo la tarea de aceptar su nuevo cuerpo, renunciar a las satisfacciones infantiles, ir al encuentro de nuevas investiduras objetales que, sin romper su trama histórica, le permitan acceder a nuevas posiciones identificatorias.

Dice Freud:

En la época de la pubertad, cuando la pulsión sexual plantea sus exigencias por primera vez con todas sus fuerzas, los viejos objetos sexuales e incestuosos son retomados e investidos de nuevo libidinosamente. La elección infantil de objeto no fue sino un débil prelude, aunque señero, de la elección de objeto en la pubertad. En ésta se despliegan procesos afectivos muy intensos, que siguen el mismo rumbo que el complejo de Edipo o se alienan en una reacción frente a él. [...] Desde esta época en adelante, el individuo humano tiene que consagrarse a la gran tarea de desasirse de sus padres; solamente tras esa vuelta puede dejar de ser niño para convertirse en miembro de la comunidad social.³

El modelo traumático

El modelo traumático en Freud remite a una concepción económica: es traumática aquella experiencia que aporta un montante de excitación que excede la posibilidad del psiquismo de elaborarla por los medios habituales. Para que exista trauma deben darse determinadas condiciones de susceptibilidad (¿condiciones alejadas del equilibrio?), condiciones específicas en que se encuentra el sujeto en el momento del acontecimiento.

Hasta 1897 Freud pensaba que un traumatismo sexual originaba la neurosis (encuentro del niño con una factualidad de seducción por parte de un adulto). A partir de 1897 la eficacia de los acontecimientos externos proviene de las fantasías que activan y del aflujo de excitación pulsional que desencadenan. El concepto de *après-coup* introduce otra historia en la etiología del síntoma. La realidad material es recuperada sin dejar de lado la realidad psíquica; se reafirma la actualidad que siempre tuvieron para Freud las series complementarias en el funcionamiento del psiquismo. Actualidad que opera en la intersimbolización y en la complejidad del entretejido escénico para reforzar la singularidad de cada psiquismo. Esta dependerá de cómo cada psique trate los acontecimientos que le toque vivir (aquí, la pubertad), cómo pueda negociar con sus factores constitucionales, "su medio" y superar o no los obstáculos que surjan en su trayectoria

La pubertad es el traumatismo por excelencia, momento en el cual se reeditan las experiencias sexuales infantiles, que imponen un trabajo de simbolización: es el trabajo de la adolescencia. Traumatismo por excelencia, ya que se trata del segundo tiempo, el cual resignifica las primeras inscripciones de experiencias vividas que cobran carácter de traumáticas a partir de ese momento.

Cuando fueron inscritas no pudieron ser tramitadas, ni significadas, ni elaboradas, o se significaron de otra

Es la cualidad de las nuevas manifestaciones del mundo pulsional lo que hace posible resignificar dichas experiencias anteriores en tanto entren en una cadena asociativa para su elaboración. En caso contrario pueden producir un efecto develante que lleve a una situación sintomática, a veces desestructurante.

La pubertad promueve un estado de ruptura de un equilibrio anterior, tanto corporal como psíquico y, como en las estructuras disipativas, una mínima fluctuación produce un desorden que da nacimiento a otra estructura ordenada. Pensado el psiquismo como un sistema abierto, la pubertad obliga —ante la metamorfosis corporal— a una autoorganización psíquica del sistema, el que se enfrenta a varias posibilidades.

Un sistema puede autoorganizarse cuando reacciona frente a las perturbaciones imprevistas permitiendo que aparezcan nuevas propiedades, que pueden tomar la forma de una nueva estructura. Nada nos permite a priori

1897
reeditado
trabajo de simbolización

¹ Castoriadis, C., "La lógica de los magmas y la cuestión de la autonomía", en *Los dominios del hombre: Las encrucijadas del laberinto*, Gedisa, Barcelona, 1988, pág. 120.

² Aulagnier, P., "Nacimiento de un cuerpo, origen de una historia", en *Cuerpo, historia, interpretación*, Hornstein, Luis, y otros, Paidós, Buenos Aires, 1991.

³ Freud, S., "Desarrollo libidinal y organizaciones sexuales (21ª Conferencia)", en *Conferencias de introducción al psicoanálisis (1916-17)*, en *Obras completas*, tomo XI, Amorrortu, Buenos Aires, págs. 306-307.

talle y en su especificidad. De ahí la novedad. Pero no hay que ver en estas reorganizaciones simples re-combinaciones de elementos inter-nectados o el mero resultado de la combinación. Es necesario que cada recombinación corresponda a una organización funcional nueva surgiente de la creación de nuevos significados, de nuevas formas funcionales.

Para que una desorganización pueda producir reorganización es preciso que la significación de las relaciones entre las partes se transforme. Permitir al azar adquirir a posteriori y en un contexto dado un significado funcional es lo que resume un proceso autoorganizador.⁴ La posibilidad de autoorganización del psiquismo estaría dada por el hecho de poder establecer *sus propias significaciones*.

Dice Freud refiriéndose al advenimiento de la pubertad:

Como en todos los otros casos en que deben producirse en el organismo nuevos enlaces y nuevas composiciones en *mecanismos complejos* [la bastardilla es mía] también aquí pueden sobrevenir perturbaciones patológicas por interrupción de esos reordenamientos.⁵

Los cambios corporales de la pubertad amenazan con desbordar la capacidad del aparato psíquico para amitar los conflictos.

El conflicto entre pulsiones se-

xuales y prohibiciones —intensificado en la eclosión puberal—, que en condiciones de mayor equilibrio puede quedar neutralizado por la estabilidad del sistema, en este momento de cierta ruptura de un equilibrio anterior puede facilitar la aparición de una "estructura disipativa". Lejos del equilibrio nos alejamos de lo repetitivo y universal, y lo que cuenta es la inestabilidad, las fluctuaciones, la impredecibilidad y la auto-organización del sistema.

La complejización del sistema aumenta la variedad de respuestas y posibilidades ante las exigencias del medio.

La metamorfosis corporal de la pubertad obliga al encuentro del psiquismo con una nueva representación del cuerpo que cambia, y con una nueva forma de manifestación de su mundo pulsional. Se impone un trabajo de simbolización para acceder a ese orden libidinal e identificador novedoso en su necesidad de reencontrar las formas elementales del placer, del pensamiento y de la comunicación con los otros.

El púber no puede apelar en sus cambios corporales actuales a ninguna otra referencia similar, pero inconscientemente cada propuesta actual resonará en alguna de sus configuraciones fantasmáticas (formaciones que acontecen por combinación y desfiguración de vivencias

y cosas oídas).⁶ La pubertad cuestiona todo y amenaza el funcionamiento del yo al mismo tiempo que invita a la recuperación de lo histórico-vivencial, amplía el mapa de significaciones singulares y abre a nuevas formas de productividad psíquica.

La realidad de las representaciones del cuerpo físico así como las del cuerpo erógeno están edificadas bajo la impronta de la seducción primaria del *infans* por su madre, que lo reconoce o no con derecho a un placer futuro, que lo reconoce o no como un ser deseante, que lo significa en sus pensamientos y en sus representaciones propias como un ser sexuado como ella o diferente de ella. El trabajo de la pubertad será la posibilidad de apropiarse de ese cuerpo capaz de procrear, al mismo tiempo que es una reorganización de la antigua lógica del placer, ahora bajo el dominio de la genitalidad adquirida.

Verdadero momento, dice R. Rodulfo,⁷ de pasaje de lo fálico a lo genital, primera gran tarea que le asigna Freud a lo genital y que involucra todo el desarrollo de la adolescencia,

la función del orgasmo en la adolescencia: no me refiero al orgasmo como una descarga de tipo económico, sino al orgasmo en una experiencia erótica, o sea en una verdadera intersubjetividad; esto no lo hemos acentuado

todo lo necesario, en tanto algo se termina de escribir ahí en cuanto al propio cuerpo; la iniciación sexual en la adolescencia es mucho más que un episodio; es un acontecimiento estructurante. Algo se termina de escribir y algo se resignifica en cuanto a la vivencia de satisfacción.

El trabajo de la adolescencia

El trabajo de la adolescencia es la reapropiación de la historia infantil en un proyecto fundamentalmente sexual, que impone una nueva alianza, inestable, frecuentemente amenazada y amenazante entre las cuatro instancias freudianas.

La pubertad hace que el sujeto devenga propietario de su cuerpo sin estar totalmente listo para renunciar a los beneficios de la copropiedad que tenía con sus progenitores. El cuerpo tiene una historia erógena, una memoria del placer que deberá integrarse a una historia identificatoria.

El trabajo de la pubertad consiste en encontrar soluciones para asegurarse, a pesar de este cambio brutal interno y externo que le sobreviene, la continuidad del sentimiento de mismidad, para hacer que la desarticulación potencial no induzca a una ruptura narcisista.

El cuerpo físico se construye en una relación dialéctica con la psiquis;

⁴ Atlan, H., *Con razón y sin ella*, Tusquets, Barcelona, 1991.

⁵ Freud, S., *Una teoría sexual y otros ensayos* (1905), en *Obras Completas*, tomo VII, Amorrortu, Buenos Aires, págs. 189-190.

⁶ Freud, S., "Manuscrito M" (1897), *Los orígenes del psicoanálisis*, en *Obras Completas*, tomo I, Amorrortu, Buenos Aires.

⁷ Rodulfo, R., "El adolescente y sus trabajos", en "Estudios clínicos" (en prensa).

tiene una realidad para los otros, es perfectible, da una imagen y es tomado como tal en un sistema de intercambio de significaciones. La realidad del cuerpo conjuga planos de aprehensión del funcionamiento pulsional que se constituyen en el curso del desarrollo a partir de un intercambio recíproco con la madre, que desde su discurso identificante le ofrece al niño ese plus de placer necesario para la configuración de esa organización singular que es la noción de representación del cuerpo, la que responde a la lógica íntima del inconsciente y del placer. La noción de esquema corporal es descriptiva en su connotación espacial y física, es la imagen del cuerpo inconsciente ligada a lo figurativo,⁸ a la especularidad, y a lo visual.

La posibilidad de acceder a una imagen unificada del cuerpo es también la anticipación de un proyecto de yo. El acceso a una identificación simbólica también da cuenta de un cuerpo simbólico, representante del sujeto, es el que participa de los intercambios con el mundo exterior, actor sobre la escena social, implícito en el lenguaje. Este cuerpo simbólico condensa las exigencias del cuerpo y las necesidades (cuerpo material con sus exigencias elementales automáticas y sus necesidades primarias: respirar, comer, defecar, orinar, etc.)

y del cuerpo del deseo (cuerpo erótico, libidinizado por los otros, ligado al deseo materno cuya lógica de satisfacción es distinta de la de las necesidades primarias del bebé, es el cuerpo que organiza las fantasías), las somete a la censura, a la razón. Es la expresión del sujeto en su diferencia, de la especie en su universalidad.

— El adolescente está obligado a ubicar su cuerpo en un triple registro: real (realidad espacial y psíquica), libidinal y simbólico. Relaciones que son difíciles de aislar unas de otras y cuyas manifestaciones se entrelazan.⁹

El sentimiento de extrañeza que está asociado a la pubertad, la pérdida de los reparos y los límites, llevan al adolescente a tratar a su cuerpo como un objeto externo a su vida psíquica. Todo ocurre como si los cambios puberales atrajeran al cuerpo fuera de la psique, sobre otra escena, situación que durante un tiempo le permite al púber encontrar soluciones parciales a los conflictos internos atribuyendo la responsabilidad de los mismos a ese otro extranjero que es su cuerpo y no es su cuerpo. Tratado como un objeto que no se vive totalmente como parte de sí mismo, puede ser económicamente el depositario del odio, de la agresividad, la envidia, es decir de todos los afec-

tos amenazantes para su propio psiquismo.

En muchos adolescentes en los que se entrevé una patología severa, ese cuerpo cambiante puede además ser maltratado (obesidad, accidentes frecuentes, enfermedades, etc.), transformándose en el equivalente de un objeto persecutorio que causa un intenso sufrimiento, el cual, sin embargo, puede estar al servicio de proteger al joven de sentimientos de odio hacia la madre o el padre. Estos sentimientos de odio son respuesta a una falla identificatoria por parte de los padres; falla que tuvo lugar en los primeros tiempos de la vida del niño. El sufrimiento que esta situación provoca, y que parecería estar ligado a la actualidad del conflicto con el cuerpo, evitaría de esta manera enfrentarlo con un sufrimiento que tuvo lugar en un lejano pasado y que se vuelve impenable para el yo. Pensar en una carencia libidinal prematura pone en riesgo una frágil construcción identificatoria.

La reapropiación del cuerpo sexual dependerá de la solución que el sujeto encuentre a partir del reconocimiento de "su" nuevo objeto, de la manera en que viva y metabolice los ataques agresivos que retornarán sobre él y de la capacidad de vivir los afectos ambivalentes sobre quienes fueron hasta entonces sus objetos de amor "idealizados". Dependerá de la posibilidad de traducción de las representaciones infantiles a un lenguaje de las pulsiones ge-

nitalizadas, al mismo tiempo que del borramiento de los recuerdos autoeróticos de la infancia en provecho de la puesta en escena de una sexualidad que satisfaga también las necesidades de ternura.

El aparato psíquico procesa los efectos de la pubertad de manera absolutamente singular para cada sujeto, y, aun cuando tengamos en cuenta algunas especificidades culturales y sociales, sería imprudente pretender comprender desde ahí la compleja dinámica que rige este proceso en el que, en primera instancia, las modificaciones corporales no sólo afectan el cuerpo del niño sino también sus representaciones, sus afectos, sus emociones, la imagen de su cuerpo, el lugar que tiene con relación al placer, las relaciones con su yo, con la espacialidad y con el tiempo. Cuerpo que se transforma, que se resexualiza y que está obligado a encontrar nuevas formas de comunicación. Efecto de una dialéctica entre el cuerpo infantil conocido, fantaseado, sedimentado por los accidentes de la historia, y ese otro cuerpo desconocido o más bien por conocer, por tanto, misterioso y enigmático.

Enigmático en la transformación de la pubertad, dando cuenta de la adolescencia como construcción del sujeto, como trabajo de rehistorización. Pubertad y adolescencia se conjugan. Tiempo físico, psíquico y sociocultural el de la pubertad, que impone un trabajo, la adolescencia.

⁸ "Consideración por la figurabilidad es tanto como decir lo que la imagen tiene de reductible de otra escritura que no sea ella misma, lo que no es traducible sin el esto decisivo de sus propios trazos." Rodulfo, M., *El niño del dibujo*, Paidós, Buenos Aires, 1992.

⁹ Birraux, A., *L'adolescent face à son corps*, Editions Universitaires, 1991.

BIBLIOGRAFIA

- tlan, H., *Con razón y sin ella*, Tusquets, Barcelona, 1991.
- ulagnier, P., "Nacimiento de un cuerpo, origen de una historia", en Hornstein, Luis y otros, *Cuerpo, historia, interpretación*, Paidós, Buenos Aires, 1991.
- irraux, A., *L'adolescent face à son corps*, Editions Universitaires, 1991.
- astoriadis, C., "La lógica de los magmas y la cuestión de la autonomía", en *Los dominios del hombre: Las encrucijadas del laberinto*, Gedisa, Barcelona, 1988.
- reud, S., "Desarrollo libidinal y organizaciones sexuales (21ª Conferencia)", en *Conferencias de introducción al psicoanálisis, 1916-1917, Obras completas*, tomo XI, Amorrortu, Buenos Aires.
- *Una teoría sexual y otros ensayos* (1905), en *Obras completas*, tomo VII, Amorrortu, Buenos Aires.
- *Moisés y la religión monoteísta* (1934-38), en *Obras completas*, tomo XXIII, Amorrortu, Buenos Aires.
- "Manuscrito M" (1897), en *Los orígenes del psicoanálisis*, en *Obras completas*, tomo I, Amorrortu, Buenos Aires.
- aplanche, J., y Pontalis, J. B., *Vocabulaire de la Psychanalyse*, P.U.F.
- *Nuevos fundamentos para el psicoanálisis*, Amorrortu, Buenos Aires, 1989.
- odulfo, Marisa, *El niño del dibujo*, Paidós, Buenos Aires, 1992.
- odulfo, R., "El adolescente y sus trabajos", en *Estudios clínicos* (en prensa).
- other de Hornstein, M. C., "Adolescence: un temps de re-historicisation", *Topique* 47, II, 1991.
- "Historia libidinal, historia identificatoria", en *Cuerpo, historia, interpretación*, Hornstein, Luis y otros, Paidós, Buenos Aires, 1991.